

taba bañado de sudor como de agonizante y los ojos hechos dos torrentes de lágrimas, resultando, en fin, tan postrada y con los pulsos tan extinguidos, que alguna vez se creyó estaba ya muerta. Durábanle estos éxtasis de tres á cuatro horas, y á veces, señaladamente los viernes, la noche entera. En ellos se le apareció muchas veces nuestro Señor Jesucristo y la santísima Virgen, y tuvo otras visiones muy regaladas acerca de la Beatísima Trinidad, á la que profesaba especialísima devoción.

Desde su lecho de dolor asistía en espíritu á los diversos templos de la cristiandad y veía todas las ceremonias como si estuviera presente. En 1841 presenció en espíritu la procesión del *Corpus* que en Madrid se hizo, y luego refirió con admirable exactitud todo lo que allí había pasado. Entre los objetos que se presentaban á su vista contemplativa en los diferentes éxtasis con que el Señor la confortaba, uno era, y no el menos común, límpida y blanca ovejita, con que sin saberlo venía simbolizada la misma Librada. Varias veces había observado entre los santos que se le aparecían á la *ovejita* metida entre ellos, y que éstos suplicaban al divino Cordero que por fin dejara ya la *ovejita* en su compañía.

Poco antes de su muerte entró en su aposento su hermana Felisa; y hallando ésta á la Sierva de Dios con las mejillas bañadas en arroyos de lágrimas y transformado el semblante con nueva y desusada alegría, preguntóle ansiosa el motivo de tal júbilo, á lo que respondió Librada:

— Cierra la puerta y te lo diré todo, con tal que guardes secreto hasta ver cumplido lo que te diga.

— ¿Y en qué cosa te he faltado al sigilo? Ya sabes que me puedes comunicar cuanto quieras, con la seguridad de ser te fiel.

— Felisa de mi alma, estoy contentísima; ni sé cómo expresártelo. ¡Pronto, pronto iré al cielo á unirme con mi Jesús! ¡Y qué pesada se me hace la vida, porque me es estorbo para volar á Jesucristo!

— ¿Tan pronto nos quieres dejar huérfanas de tan querida hermana, privadas para siempre de tus consejos?...

— En el cielo rogaré por vosotras. ¡Oh, sí! Desde el cielo, con mayores ventajas procuraré vuestro bien. Mas escucha, Felisa. Es voluntad de Dios que la cruz, con la cual hasta aho-

ra me ha favorecido, quede como herencia en la familia. ¿Te gustará á ti llevarla?

— ¡Ay, por Dios, que no se la pidas á Jesús! No, no se la pidas, que no me veo yo con ánimo ni con paciencia para tanto...

— ¡Bien! No te alarmes, Felisa, que si tú no la quieres, la querrá nuestra hermanita Inés.

En realidad Inés fué la heredera de la cruz de Librada, y apenas había ésta expirado cuando Inés se sintió herida, y el mismo día del entierro tuvo que meterse en cama, de donde no se levantó ya más. Veinte años estuvo padeciendo, aunque no tan acerbos dolores como su bendita y paciente hermana; pero émula de los heroicos ejemplos de que había sido testigo constante, esforzóse con santo afán en copiarlos santamente (1).

A las oraciones de esta piadosa doncella atribuyó nuestro bienaventurado Padre la gracia de la Misión que desde mediados de Agosto hasta mediados de Septiembre de 1844 dió en Olot con gran provecho de sus habitantes, los cuales se afanaban tanto por confesarse con él que, no contentos con asaltar su confesonario desde las seis de la mañana hasta las nueve y media de la noche en que se retiraba á su cuarto, venían aquí á buscarle, y por amor de Dios le suplicaban que los oyera en confesión, á lo cual él no sabía negarse, y sólo se reservaba el tiempo suficiente para rezar el Oficio divino y hacer su oración mental.

El copiosísimo fruto de esta Misión podrá colegirse de las siguientes declaraciones, entre otras que omito, hechas por el abate Vila, Cura deán de la parroquia de San Mateo en Perpignan, el cual, siendo todavía diácono, se halló presente á aquella Misión y apreció por sí mismo el alcance de ella. "1.^a Que el concurso fué tan grande que para confesar á la gente hubo hasta 25 confesores, que tenían harto en qué entender; el día de la comunión general tres sacerdotes estuvieron repartiendo á un tiempo la sagrada Eucaristía durante toda la mañana, y el Siervo de Dios habló sin interrupción por espacio de tres horas sobre el modo de prepararse para

(1) Reseña de la vida de la Sierva de Dios Librada Ferrarons y Vives, por el P. Francisco Butiñá, de la Compañía de Jesús. Gerona, 1878.

la comunión y de dar gracias después de ella. Por la tarde, — añade, — se cantó el Rosario, y las voces de los asistentes, que respondían con sumo fervor, se asemejaban al estampido de un prolongado trueno. 2.^a Que las gentes de tres leguas á la redonda de la villa acudieron á la Misión, formando numerosas tropas y dejando casi enteramente despoblados sus respectivos pueblos, y que en una capilla de Olot había incesantemente personas ocupadas en hacer el ejercicio del *Via Crucis*.

En este tiempo, á más de examinar y aprobar el espíritu de Inés Ferrarons, leyó los documentos que sobre la vida de su extática hermana Librada habían escrito sus directores espirituales, y quedó tan prendado de su heroica virtud que en todas las ocasiones que se le ofrecían preguntaba á los interesados si Dios nuestro Señor había obrado algún prodigio á honra de su Sierva. Terminada la Misión, dió ejercicios al clero con gran fervor y copia de doctrina; y entre otras cosas que manifestó, una fué que María santísima le dictaba los sermones y que Ella le enviaba. También dijo en confianza al señor Cura párroco que, por un especial favor de Dios, veía con tanta claridad las conciencias de los hombres que algunas veces le causaba cierto espanto (1).

3. Muchas fueron las Misiones dadas por el Siervo de Dios en el año 1845; pero haremos especial mención de las de Mataró, Villanueva y Geltrú y Bañolas, pues de ellas tenemos particulares documentos.

Sabedor nuestro Rdo. P. Clotet de que el Siervo de Dios había predicado en 1845 la Cuaresma en Mataró, diócesis de Barcelona, escribió atenta carta á un su amigo para que se sirviera darle algunos pormenores de la Misión, á la cual el otro respondió cortésmente: "Gustoso de corresponder á los deseos que Ud. me manifiesta en su atenta de fecha del 22 último, pasaré á contestar á sus preguntas. — La primera es si en 1845, siendo el Excmo. Sr. Claret simple sacerdote Misionero, predicó en esta ciudad y si hubo mucha asistencia á sus sermones. Merece, ante todo, que fije Ud. su atención en el hecho inusitado de aceptar él, no sólo los sermones cuaresmales, sino también los tres de Carnaval. Haciéndose notar ya

(1) Relación del ilustre Dr. D. Joaquín Masmitjá, canónigo, 3 de Julio de 1880.

en éstos la concurrencia de oyentes, fué efectivamente extraordinaria en los de Cuaresma, contando en unos y otros numerosísimo concurso.

„La segunda, si los que le escucharon se aprovecharon de sus exhortaciones y enseñanzas. A lo cual digo yo que, llenas éstas de agradables y persuasivas comparaciones ó parábolas, produjeron un grande fruto espiritual en los oyentes, convirtiendo á los pecadores y confortando á los justos, siendo muy familiar en sus labios la sentencia de Cristo: *Ego veni ut vitam habeant*, respectivamente á los primeros, *et abundantius habeant*, relativamente á los segundos. El entonces Cura ecónomo y después párroco en propiedad, Rdo. D. Miguel Tuní, soltó esta expresión, por mí oída, bien significativa del fruto que hacía el P. Claret: "Su confesonario es un pueblo."

„La tercera es si los oyentes le veneraban como á hombre de gran virtud y santidad; no podía menos de ser así teniendo á la vista los ejemplos tan edificantes que daba en su obrar, en el continente respetuoso y recogido de su andar, en sus singulares rasgos de desprendimiento de intereses terrenos, no admitiendo una sola limosna de Misas en todo el tiempo que estuvo entre nosotros, sino aplicándolas todas por la conversión de los pecadores, y recorriendo á pie el Condado catalán con su predicación evangélica.

„La cuarta, qué opinión formó de él el clero de Mataró. Por poco que hubiese reflexionado nuestro clero local sobre los indicados actos de virtud extraordinaria y las dotes apostólicas que brillaban en aquel predicador de Cuaresma, necesariamente había de formar la opinión de que estaba muy unido con Dios, como efectivamente la formaron todos los reverendos eclesiásticos de esta ciudad. Llevados de ella tuvieron á bien hacer bajo su dirección unos ejercicios espirituales en los primeros días de Abril, que en aquel año de 1845 eran ya de Resurrección. Pruebas son también de este elevado concepto, además de las alabanzas del referido señor párroco Tuní, las palabras que decía un comunitario nuestro, también difunto, el Rdo. D. Isidro Masnou, á saber: *De Mosén Claret non n'hi a mes que un*, en el sentido de que el Sr. Claret excedía en mérito á muchos operarios evangélicos. Recuerdo aún perfectamente que otro comunitario, también muy distinguido, el Rdo. D. Buenaventura Castellá, había oído de boca del mis-

mo señor párroco Tuní que algún doméstico de éste, cuando el Sr. Claret estaba hospedado en su casa, había observado al amanecer que la cama del célebre Misionero estaba intacta, lo cual hacía pensar que no había tomado en ella su descanso.

„La quinta pregunta es si entre los que le conocieron se conserva aún viva la memoria de su reputación. A lo cual respondo que como no era fácil borrarse en ellos tan santa memoria, natural ha sido el conservárseles viva. Y no por poner en duda la verdad de este aserto, sino para poder certificarlo más á Ud., he preguntado á algunas de las personas aludidas y me han dado muestras de tener viva la idea de su celebridad. Y ¿cómo podía dejar de ser así habiendo ido creciendo desde 1845 con los nuevos grados de elevación que su vida sencilla fué adquiriendo, y que hacen venir á la memoria aquellas palabras: *Exaltavi electum de plebe mea?* Pocas horas ha tanteé á un señor notario sobre la tal memoria, y su inmediata contestación ha sido: “Me acuerdo que en la función de las „tres horas de agonía hizo un sermón admirable„; etc. (1). „

El 30 de Abril del mismo año pasó el celoso Misionero á Villanueva y Geltrú para anunciar la palabra evangélica, en donde cosechó tan abundante mies como se desprende de la siguiente relación, hecha por un testigo ocular: “Con mucho gusto, — dice, — voy á comunicar á Ud. con sencillez y brevedad lo que sé del Excmo. Sr. Claret... Era el 30 de Abril de 1845 cuando comenzó á predicar en Villanueva y Geltrú los sermones, que duraron hasta el 30 de Mayo. El templo estaba siempre lleno de gente, que escuchaba con religioso silencio la divina palabra. La impiedad hacía todos los esfuerzos imaginables para impedir el fruto de su predicación, calumniando al Siervo de Dios, y siendo lo menos malo que de él decían que era un faccioso. Confesaba mañana y tarde junto á la puerta de las Nieves, detrás del altar mayor, y he aquí que un día, mientras estaba en el confesonario, estalló cerca de él un petardo. Tan incalificable atentado disgustó sobremanera al señor Claret, y resolvió irse sin acabar el mes de María: “Que „haya contradicción, — me dijo, — es buena señal; pero lo que „aquí sucede es demasiado; así, pues, me voy. „

„Sentí vivamente esta resolución, y procuré que no la lle-

(1) El presbítero D. Ramón Anglada, 28 de Febrero de 1882.

vase á cabo. Lo puse en conocimiento del señor Cura párroco, y éste, el señor Alcalde, los obreros y otras personas notables fueron á rogarle encarecidamente que tuviese á bien continuar la obra comenzada. Accedió él á sus súplicas, y ¡cosa admirable!, desde aquella fecha, que sería á mediados de Mayo, muchos se acusaban de haber dicho mal de *Mosén Claret*. Las confesiones eran tantas, que los que se acercaban compungidos al tribunal de la Penitencia no daban reposo á los ocho ó diez confesores que estábamos allí. La comunión general fué muy concurrida; tuvimos grandes consuelos, y puedo asegurar á Ud. que el bien que se hizo en aquella villa fué inmenso (1). „

Del obispado de Barcelona pasó el Varón de Dios al de Gerona. En Noviembre del mismo año 1845 predicó en la villa de Bañolas, en donde las muchedumbres y las personas devotas é ilustradas le miraban como á perfectísimo dechado de todas las virtudes, así por el modo con que se presentaba en público, como por las cosas extraordinarias que en su vida privada habían notado. Causábales, y con razón, no pequeña maravilla el que pasara las noches en claro, dado á la oración, al estudio y á escribir opúsculos de propaganda católica y ascética, como se colegía claramente de la luz que en su aposento veían á todas las horas de la noche, y de hallar siempre agotado por la mañana el velón, que lleno de aceite le entregaban todas las noches al retirarse, y del no descubrir en la cama señal alguna de que se hubiera acostado en ella, pues la veían siempre tan compuesta, y arreglada como se la habían preparado. Admirábanse también de lo parco que era en la comida, pues parecía imposible que con tan escaso alimento pudiera soportar las muchas y grandes fatigas que sobre él pesaban; porque á las cuatro de la madrugada se hallaba ya en el confesonario; luego decía la Misa, tomaba chocolate y se volvía á él, permaneciendo allí mientras había penitentes; á las dos de la tarde tornaba al confesonario hasta la hora de predicar; en seguida hacía un sermón, que solía durar más de una hora; retirado á la casa parroquial, tomaba una ligera colación, y luego se retiraba á su aposento á orar y trabajar. De ordinario dormía dos ó tres horas á lo más, recostado sobre

(1) Carta del presbítero D. Miguel Gironés, 19 de Marzo de 1881.

un sillón, pero eran muchas las noches que no pegaba los ojos. Como señal de su espíritu profético hemos sabido que á la sobrina del párroco le dijo que se previniera para los grandes trabajos y disgustos que habían de afligirla durante su vida, y los hechos probaron sobradamente la verdad de la predicción (1).

4. Entre las Misiones que con su acostumbrado celo y fervor dió en 1846, haremos particular mención de las de Valls, Tarragona, Falset, Lérida, Vich y Arenys de Mar.

En cuanto á la primera, tenemos á la vista el brillante testimonio del Sr. Arcipreste de aquella población, el cual, en oficio del 4 de Abril de 1880, nos comunicaba los siguientes datos: "Se conserva en esta villa, cual si fuese de época reciente, la memoria del celosísimo Misionero D. Antonio Claret. Viven en ella todavía muchísimas personas que tienen perfectamente presente la Misión que él dió, y algunas de ellas, que hoy día cumplen los deberes religiosos, recuerdan con gozo aquella época, que fué la de su conversión. En Enero y primeros de Febrero de 1846 predicó en esta villa por espacio de un mes. El fruto de la Misión fué tan extraordinario, que se observó una mudanza total en la población; mudanza que duró algunos años. Según me ha referido un sacerdote que habitó con él en esta casa rectoral, por haber muerto pocos días antes el señor cura párroco, Sr. Vidal, la vida del señor Claret durante aquellos días fué la de un apóstol. Dormía pocas horas, pues, á lo que parece, se acostaba muy tarde y se levantaba á las cuatro; su comida era sumamente frugal; confesaba casi todo el día, y aun después del sermón de la noche acudían los penitentes á esta casa y los confesaba en su cuarto. Era tal la avidez que tenían los fieles de confesarse con él, que algunos pasaban casi toda la noche en la iglesia para ser los primeros en confesarse al día siguiente, á las cuatro y media de la madrugada. En todos los sermones que predicó se vió siempre la iglesia cuajada de fieles, no sólo de esta villa, sino que también de los pueblos comarcanos (2)."

Acaeció en esta Misión un hecho extraordinario, con el cual

(1) Noticias recibidas del señor cura párroco de Bañolas, D. Jaime Casals, por medio de D. Juan Carrer; carta del 21 de Junio de 1881.

(2) Rdo. D. B. Vilanova, oficio del 4 de Abril de 1880.

el Señor quiso autorizar la palabra de su fiel ministro y castigar, aunque paternalmente, á los que trataban de estorbarle en el ejercicio de su sagrado ministerio. Escuchábanle una vez tres mozos sentados debajo del púlpito; y como nada tenían de devotos, comenzaron á murmurar y á quejarse de que el predicador se alargaba en el sermón. Uno de ellos, más atrevido que los demás, intentó estorbarle, para lo cual, con increíble audacia, arrojó sobre el Siervo de Dios por dos veces una naranja; pero el bendito Padre no hizo caso y siguió adelante con su acostumbrado fervor. Terminado el acto de la Misión, y al querer cerrar la iglesia, observó el sacristán que debajo del púlpito permanecía sentado un joven. Avisóle repetidas veces que saliese de la iglesia como las demás personas, porque era hora de cerrar; pero una fuerza superior detenía al desgraciado joven inmóvil como una estatua, sin poderse siquiera menear, y á las instancias y á los esfuerzos del sacristán respondía siempre con estas solas y misteriosas palabras: "No puedo, no puedo..."

Vista la inutilidad de sus tentativas para removerle de allí, fué asustado á dar cuenta de lo acaecido al señor Cura, y éste dió parte de ello al Sr. Claret, el cual, sin extrañarse de lo que oía, pues sabía muy bien de dónde venía aquel singular castigo, respondió con mucha seguridad: "Decidle que se vaya, y que mañana á las nueve me hallará en el confesonario."

Fué el sacristán con el recado, y el joven, que era el mismo que había arrojado las naranjas, pudo ya levantarse y salir de la iglesia, lo cual hizo con muy distintos humos de los que antes llevaba, y al día siguiente cayó arrodillado y derramando amargas lágrimas á los pies del Siervo de Dios (1).

De Valls, que pertenece ya á la diócesis y provincia de Tarragona, pasó á evangelizar la misma capital. Fué tan ruidosa la Misión que en ella dió y de tan felices resultados, que el cabildo Catedral de esta iglesia metropolitana levantó acta de ella y la trasladó al libro capitular *De rebus gestis*; y por ser éste un documento tan principal y tan autorizado, lo trasladaremos aquí traducido á nuestro romance castellano. El texto, pues, dice así:

(1) Testigos: Rafael Queralt y Barbet, labrador, de edad de ochenta y seis años, natural de Miranas, y Rdo. D. Juan Gols, párroco de Miranas, obispado de Tarragona.

“El día 4 de Febrero de 1846 llegó á esta ciudad el Rdo. Antonio Claret, presbítero, Misionero apostólico, autorizado con muchas facultades del Sumo Pontífice, el cual, desde hace cinco años, anda dando Misión por las poblaciones adonde le llaman y destinan los Prelados. Es de edad de treinta y ocho años, hombre verdaderamente apostólico, de un celo y fervor muy grandes, infatigable y extraordinario. Anda siempre á pie, sin más equipaje que una camisa y un par de medias para mudarse. No admite regalo ni dinero alguno bajo ningún pretexto, consintiendo solamente en que se le dé de comer y que, cuando alguna prenda de ropa se le rasga y hace inservible, se le haga otra en lugar de aquélla, pero de calidad ordinaria. Su fatiga es imponderable, pues desde las cuatro de la mañana hasta la hora de acostarse apenas tiene tiempo de rezar y tomar el necesario alimento, pues pasa del confesonario al púlpito y del púlpito al confesonario.

„Enviado por el Excmo. Sr. Arzobispo dió una Misión en Valls con mucho fruto, y el día cinco dió principio á la Misión en esta ciudad. En la Catedral se hizo una división en los bancos desde la barandilla del presbiterio del lado del Evangelio hasta la barandilla de la entrada del coro de la misma parte, y en el lado de la capilla del Santísimo se colocaron los hombres, así como en el coro y en la parte opuesta las mujeres. La iglesia estaba alumbrada con varias antorchas distribuidas en diversos puntos, costeadas por los administradores de la función de la Misión (del mismo modo que los demás gastos que ocurrieron), y varios eclesiásticos se prestaron voluntariamente á guardar las entradas de las dos naves á fin de que ninguna mujer entrase por la nave de la Purísima, y ningún hombre por la nave de Santa Tecla, como también á recorrer la Catedral, ya para impedir que alguna mujer se mezclase con los hombres, ó algún hombre con las mujeres, (aunque para evitarlo secerraban á las cinco y media las puertas colaterales del claustro y de Santa Tecla), ya para hacer guardar silencio, en cuanto fuese posible, bien que esto era más difícil por el imponderable concurso que hubo en todas las funciones.

„La función comenzó todas las noches á las seis y media con el Rosario, que decía en el altar mayor el Rdo. Juan Cisteré á invitación del Sr. Arzobispo, y á las siete menos cuarto,

acabado el Rosario, comenzaba el sermón, que duraba como unos cinco cuartos de hora. El exordio versaba sobre un punto doctrinal, explicando comúnmente alguno de los Mandamientos de la Ley de Dios, y el sermón sobre otro asunto interesante, con una moción extraordinaria y con mucho fruto. El Sr. Arzobispo asistió todas las noches á la función, en un estrado que se le ponía en el presbiterio en la parte de la Epístola, entre el altar y la reja, y un asiento á entrambos lados de la silla para los que le acompañaban. En los días festivos se hacía la Misión por la tarde, en acabando el rezo del coro.

„El día 9, que era el quinto de la Misión, y cayó en lunes, se dió principio á los ejercicios del clero, á los cuales asistieron muchos párrocos y otros eclesiásticos de los alrededores, invitados por el Sr. Arzobispo; se comenzaron por la tarde, después de concluido el rezo del coro, en la capilla del Sacramento, cerradas las puertas de la capilla y del claustro durante la función, y estando el silenciario en la escalera de la capilla para que no se arrimase la gente. En el primer día hubo solamente el ejercicio de la tarde, recitándose el *Veni Creator*, al que siguió media hora de oración, y otra media, por lo menos, de sermón. En los demás días hubo función mañana y tarde, acabadas las horas del coro; por la mañana, en vez del sermón, se hacía media hora de lectura espiritual, leyendo el mismo Sr. Claret varios documentos é instrucciones de San Ignacio, sobre las cuales hacía sus comentarios. El domingo, que cayó en estos días de ejercicios, se suspendieron éstos, y volvieron á continuarse el lunes hasta completar los diez días, con el mismo orden; pero en el último día sólo hubo función por la mañana, consistente en oración y sermón. Concluido éste, S. E., que asistió á todos los actos en el estrado puesto en el presbiterio del Sacramento en la parte de la Epístola, con los asientos para los prebendados que le acompañaban, subió al medio del altar y dió desde allí la bendición.

„Para estas funciones se pusieron en la capilla del Santísimo muchos bancos, y en el presbiterio, entre la barandilla de la puerta y de la sacristía, un púlpito portátil desde el cual predicaba y hacía la lectura y oración.

„El último día de Misión, que fué domingo de Carnaval, á las siete de la mañana empezó el señor Arzobispo la Misa rezada en el altar mayor, asistiendo en hábito de coro el señor

enfermero Llopis y el señor magistral Cilla (que fueron quienes le acompañaron en todas las funciones). Acabada la Misa, se sentó S. E. junto al altar *in cornu epistolae* en la silla que se le puso, y el Sr. Claret hizo la plática de comunión. Concluida ésta, comenzaron á dar la comunión el señor Arzobispo, el Sr. Llopis y el Sr. Cilla, todos á un tiempo, que duró como una hora. Durante la comunión alternaban las jaculatorias del Sr. Claret y el órgano, cantando los infantillos algunos motetes. Fué muchísima la gente que comulgó en la comunión general; pero fué más indudablemente la que comulgó en toda la mañana ó hasta el medio día en la capilla del Sacramento, por no poder asistir á la comunión general, que concluyó á las nueve menos cuarto; en seguida se entró en coro, haciéndose la función de costumbre, con la única diferencia de que no hubo el sermón del predicador de Cuaresma, que por estar enfermo no había llegado todavía. Por la tarde, á fin de que los forasteros pudiesen volver á sus lugarés y de que en el coro pudiera rezarse con más tranquilidad, se acordó no comenzar el rezo hasta las cinco. A las tres menos cuarto se empezó el Rosario; concluído éste empezó el sermón de despedida, que duró cerca de siete cuartos de hora, y después del sermón el señor Arzobispo, que bajó aquel día á la función con hábitos de coro (como también los prebendados de la Catedral), subió al medio del altar, desde donde dió la bendición, y se acabó la función á las cinco menos cuarto con un concurso extraordinario. Para todas estas funciones, S. E. anduvo de acuerdo con el Capítulo, tratándolo todo con el señor Síndico autorizado por el Capítulo, á quien daba parte de cuanto se acordaba. El Sr. Claret estuvo hospedado en palacio. „

El digno prebendado de Tarragona, que mandó sacar la copia precedente del libro *De rebus gestis* para remitírsela al Excmo. Sr. Obispo de Segorbe, añadía en la carta, que es del 7 de Marzo de 1871: “Precisamente en aquella época era yo muy joven, y recuerdo que hice con algunos jóvenes, más piadosos que yo, dos horas de viaje para oírle predicar en el pueblo de La Selva, y eran las tres de la madrugada, si mi memoria no me es infiel, cuando estábamos aguardando para entrar en la parroquia, y había muchísima gente que pasaba la noche en raso, como suele decirse, para oír sus sermones ó poder tener la dicha de confesarse con él. Lo que sí tengo muy

presente es que oí su sermón sobre la Magdalena y me sentí como llamado á la carrera eclesiástica con particular fuerza, anhelando su carrera de misionero. Entonces se contaban cosas extraordinarias de sus muchas conversiones. „

Con la sed que tenía de ganar almas para Dios, apenas terminaba la Misión en un pueblo la comenzaba en otro, y uno de los que en Marzo ó Abril de este año 1846 llamó más la atención, así por la abundancia de la mies recogida como por el suceso milagroso que en él acaeció, fué Falset, perteneciente á la diócesis y provincia de Tarragona. Conservamos de esta Misión algunas especiales noticias, gracias á la amabilidad de D. Francisco Mestre, arcipreste de la villa, el cual, en oficio de 31 de Marzo de 1880, nos decía lo siguiente:

“El Rmo. P. Claret dió la santa Misión en esta parroquia con tal unción evangélica, celo, erudición y sabiduría, que atrajo un concurso extraordinario de gentes de todas las poblaciones circunvecinas, hasta el punto de no poder contenerlas el espacioso templo, la plaza y las calles inmediatas á la misma. Las almas que condujo al camino de la penitencia y de la salvación fueron innumerables. Para alcanzar tan felices resultados no se daba un momento de reposo; las noches las empleaba en la oración; si descansaba y dormía algo, lo hacía en el suelo, ó sentado ó recostado en una silla, puesto que no se sirvió de la cama que se le tenía preparada; ayunaba casi todos los días, comía con excesiva frugalidad, y se le observó que nunca fijaba la vista en persona alguna de diferente sexo. La modestia, la dulzura, la templanza y las demás prendas morales que adornaban al elegido del Señor le comunicaban un olor de virtud y santidad que muchos le llamaban *el Santo*. Persuadidos de que no se equivocaban, algunos acudían á él pidiéndole remedio, no sólo para sus dolencias y enfermedades espirituales, sino que también para las corporales..

„ Antonio Forcadell y Vidiella, de unos cuarenta y dos años de edad, de oficio alpargatero, casado, natural y vecino de esta villa, me ha referido haberle sucedido lo siguiente: Al declinar la tarde de uno de los días de la santa Misión, el reverendo P. Claret, acompañado de otros sacerdotes, pasaba por la calle adonde da la casa que entonces habitaba la familia de Forcadell: éste, que á la sazón contaba solos ocho años, á causa de una enfermedad que padecía en los ojos no podía ver la